

La Crisis del Ministerio Cristiano

Hermann Sasse – 1968

Cuando hablamos de la crisis del ministerio cristiano, es necesario que distingamos claramente entre la crisis que pertenece a la naturaleza de nuestro oficio –y que es, por tanto, permanente– y la crisis que está condicionada por la situación de la iglesia en cierta época. Es esta última, la crisis del ministerio cristiano y especialmente del ministerio en la iglesia luterana en esta parte final del siglo XX, lo que tenemos en mente. No obstante, no podemos entenderla [a la crisis de este tiempo] sin echar una rápida mirada a la crisis eterna que pertenece a la misma esencia del ministerio de la iglesia de Dios.

Parte 1

La naturaleza más profunda de esta crisis reside en el hecho que Dios siempre demanda de sus siervos algo que, humanamente hablando, es imposible. Podemos mirar la lucha entre Dios y Moisés en los primeros capítulos de Éxodo. ¿Por qué Moisés rechaza ir tras aquello que se le encarga? ¿Por qué elucubra toda clase de excusas, incluyendo el argumento no muy convincente del “¡Ay, Señor! nunca he sido hombre de fácil palabra, ni antes ni desde que tú hablas con tu siervo, porque soy tardo en el habla y torpe de lengua” (Éx 4:10)? Él se niega a ir porque lo que Dios demanda es “imposible”. Incluso si lograra atravesar todas las barreras de la policía que lo buscaba por asesinato, de los cortesanos y de la guardia [del faraón], y así lograra presentarse ante su majestad, el poderoso gobernante del Alto y Bajo Egipto, ¿acaso había alguna posibilidad de que el faraón, que disfrutaba de honores divinos y que adoraba en sus propios templos a los grandes dioses del cielo y de la tierra, accediera al pretendido requerimiento de un dios desconocido que era adorado por algunos de sus esclavos “Deja ir a mi pueblo” (Éx 5:1)? Era imposible, pero Moisés fue simplemente por la promesa de que el Señor estaría con él.

Como otro ejemplo del AT tomamos a Jeremías, el joven sacerdote a quien el Señor predestinó para una tarea “imposible”. “Antes que te formara en el vientre, te conocí, y antes que nacieras, te santifiqué, te di por profeta a las naciones” (Jer 1:5). La respuesta nuevamente es de rechazo: “¡Ah, ah, Señor Jehová! ¡Yo no sé hablar, porque soy un muchacho!” (Jer 1:6). Pero Dios quiebra la resistencia con su poderoso mandato, “Irás”, y con el consuelo de su Evangelio: “No temas... contigo estoy” (Jer 1:7-8). Así un destino particular está siendo cumplido. Un joven sacerdote cuya alma tierna no parece ser apropiada para tal carrera es arrojado al arena de la política internacional: “Mira que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y destruir, para arruinar y derribar, para edificar y plantar” (Jer 1:10). Él hará todo esto simplemente hablando las palabras que el Señor pone en su boca. La oposición que la palabra de Dios encuentra en el mundo se expresará en el odio con el que la gente a quien él [Jeremías] es enviado a proclamar la destrucción venidera de Jerusalén lo tratará. La nación y sus líderes, sacerdotes y profetas le causarán indecibles sufrimientos corporales y mentales. “¡Maldito el día en que nací!... ¿Para qué salí del vientre? ¿Para ver trabajo y dolor, y que mis días se gastaran en afrenta?” (Jer 20:14, 18). Uno de los misterios más profundos del ministerio de la palabra está contenido en estas impactantes palabras:

¡Me sedujiste, Jehová, y me dejé seducir! ¡Más fuerte fuiste que yo, y me venciste! ¡Cada día he sido escarnecido, cada cual se burla de mí! Cuantas veces hablo, doy voces, grito: "¡Violencia y destrucción!", porque la palabra de Jehová me ha sido para afrenta y escarnio cada día. Por eso dije: "¡No me acordaré más de él ni hablaré más en su nombre!". No obstante, había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos. Traté de resistirlo, pero no pude. (Jer 20:7-9)

Nadie puede entender al ministerio de la palabra si no se entiende por qué los profetas del AT llaman "carga" a la "palabra". Nadie lo puede entender, a menos que sepa lo que Jeremías y Pablo han comprendido: "me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciara el evangelio!" (1Co 9:16).

Pues el ministerio de la palabra en el Antiguo y el Nuevo Testamento es esencialmente uno, aunque los oficios de apóstol y profeta no sean idénticos. Así como el mensaje profético siempre contiene, aunque a veces en forma oculta, la promesa del Cristo que viene, así el apóstol es un testigo del Cristo Encarnado y Resucitado (Mt 10; Hch 1:22; 10:41ss; 1Jn 1:1ss). También la tarea de los apóstoles trasciende toda posibilidad humana. ¿Cómo esta pequeña banda podría llevar a cabo la Gran Comisión de Mt 28:19 y "hacer discípulos a todas las naciones", "Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura", como reza Mr 16:15? ¿Cómo podrían ser sus testigos no sólo en Jerusalén, Judea y Samaria, sino incluso "hasta lo último de la tierra" (Hch 1:8)? La tarea imposible, una comisión que se extiende sin límites de espacio y de tiempo, se volvió posible, al igual que la tarea de los profetas, sólo por el "yo estoy con vosotros" (Mt 28:20). Así es que obedecieron al llamado, dejando en sus manos el velar por el modo en que la Gran Comisión sería llevada a cabo, incluso después de que murieran los últimos testigos oculares del Cristo Resucitado. Ellos estaban "atribulados en todo, pero no angustiados; en apuros, pero no desesperados; perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no destruidos. Dondequiera que vamos, llevamos siempre en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste... en nuestra carne mortal", demostrando así "que la excelencia del poder [es] de Dios y no de nosotros" (2Co 4:7-11).

Este ministerio, el oficio que predica la palabra de Dios y administra los sacramentos de Cristo, continua en la historia de la iglesia hasta el fin de toda la historia. Nosotros, ministros de Cristo, no somos apóstoles –ninguno de nosotros es testigo ocular del Hijo de Dios encarnado y resucitado. Tampoco somos profetas. Debemos tener cuidado en evitar el gran error tan a menudo cometido por nosotros, ministros, de compararnos con los grandes hombres de Dios en la Biblia. La tarea de nuestro oficio es predicar la palabra de Dios que nos fue dada de una vez y para siempre en los escritos proféticos y apostólicos del Antiguo y Nuevo Testamento.

Es esta constante tensión entre una comisión divina que debe ser llevada a cabo y la incapacidad del hombre de realizarlo lo que crea la crisis permanente del ministerio. Los grandes siervos de Dios en la Biblia están totalmente conscientes de la grandeza de su tarea. Sin este conocimiento de que han sido enviados por Dios y de que hablan y actúan en su lugar, no podrían haber sido sus ministros. Pero todos ellos experimentaron horas de la más profunda depresión. La hora vino incluso para el hombre fuerte, Elías, cuando se quebró y pidió morir, diciendo: "Basta ya, Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres" (1R 19:4). Éstas son las "tentaciones" (*temptationes*) que más tarde tuvieron que experimentar los grandes hombres de la iglesia, como Lutero, quien sufrió esto a lo largo de toda su vida y quien a veces llegó a decir que no podría oír un mensaje más bienvenido que el de estar librado de su ministerio [WA

30/2, 340.13ss]. Pero él añade que las pobres almas todavía lo necesitan. “A parte, allí hay un hombre, Jesucristo es su nombre, que dice «no», y a él yo debo obedecerle”. Tal tentación no es solamente una depresión psicológica, siempre es, al mismo tiempo, un *Domine, non sum dignus* [“Señor, yo no soy digno”], una profunda conciencia de la propia pecaminosidad. El “no soy yo mejor que mis padres” de Elías (1R 19:4); el “¡Ay de mí que soy muerto!, porque siendo hombre inmundo de labios y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos” de Isaías (Is 6:5); el “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador” de Pedro (Lc 5:8) –[todos] revelan la naturaleza más profunda de la crisis del ministerio. Los siervos de Dios son pecadores, pecadores de verdad, como Moisés, que cargaba en su conciencia con el asesinato del egipcio; [como] Pedro, que había cometido el pecado de negar a su Señor, considerado por la iglesia como no perdonable en este mundo (ver también Mt 10:33); [como] Pablo, que había perseguido a Cristo en su iglesia. Los pecadores son enviados a los pecadores para llamarlos al arrepentimiento y proclamarles el perdón de sus pecados. En esta aparente contradicción se enraíza la perpetua crisis del ministerio. Pero la contradicción desaparece y la crisis es resuelta sólo cuando se entiende que la *missio peccatorum*, el envío de los pecadores, y la *remissio peccatorum*, el perdón de los pecados, son dos aspectos de la única gracia de Dios.

Parte 5

¿Qué podemos aprender de la gran crisis de la iglesia y de su ministerio en el siglo II¹ para la crisis del ministerio cristiano hoy? Esta crisis es manifiesta por doquier, desde el oficio del papa en Roma hasta el último sacerdote en la Iglesia Romana. Si el cardenal arzobispo de Montreal renuncia a su arquidiócesis para dedicar el resto de su vida entre los leprosos de África central, si sacerdotes y monjas contraen matrimonio y la cuestión de la abolición de la ley del celibato es discutida en todas partes, la crisis se vuelve objeto de discusión incluso fuera de la iglesia. Se trata de una crisis mundial, que está presente en todas las denominaciones. La caída de vocaciones para el ministerio católico así como para el ministerio en las iglesias protestantes presenta un problema de lo más serio a toda la cristiandad. En algunas iglesias protestantes en Australia el ministerio parece estar feneciendo. En América se escucha la queja de que los estudiantes de teología quieren salir a servicios especializados, antes que al ministerio en la parroquia. En Alemania un candidato que se negó a ser ordenado declaró a su obispo: “Yo podría predicar en domingos ordinarios, pero no puedo predicar en Navidad o en Pascua; no puedo predicar acerca de mitos”. Y tenía razón. No es posible predicar acerca de mitos. Simplemente es lógico que uno de los iluminados profesores de teología en Alemania sugirió con toda seriedad que directamente se aboliera la festividad de

¹ En las secciones anteriores [Parte 2 a 4], Sasse describe el impacto que significó para la iglesia primitiva la desaparición de los apóstoles (en quienes “residía” el ministerio de la palabra) y de los otros dos ministerios de jurisdicción universal, sobre los que la iglesia primitiva fue edificada: el profetismo del NT y el ministerio de “maestro”. Sasse entiende a esta desaparición de los principales oficios de la palabra de la era apostólica como la crisis más grave en torno al ministerio público por la que atravesó la iglesia de todos los tiempos. El modo en que la iglesia logró resolver aquella situación vuelve a la iglesia del siglo II paradigma no sólo de crisis, sino especialmente de “superación” del conflicto en torno al ministerio.

Navidad. En estos casos, la razón más profunda de la crisis del ministerio se vuelve evidente: la pérdida de una fe viva, el decaimiento de la sustancia doctrinal que se observa en todas las denominaciones del cristianismo. A veces tengo la impresión de que la misma enfermedad espiritual que atravesaron los griegos durante los siglos VI y V aC y que despertó en India poco tiempo antes, ahora está apareciendo en las naciones “cristianas” en el mundo. La fe de los padres está muriendo y está siendo reemplazada por especulaciones filosóficas de ideologías socio-políticas. La teología del “Dios ha muerto” en América, el agnosticismo confesado abiertamente por sacerdotes anglicanos en Australia, la transformación de la *sola fide* y de la *theologia crucis* en una especulación inerte en los círculos luteranos, las nuevas hermenéuticas que destruyen la palabra de Dios (como dijo el líder de una universidad Congregacionista “Hemos perdido la palabra de Dios y no podemos hallarla de nuevo”), todo esto es indicativo de un proceso de desintegración que avanza en toda la cristiandad y que lleva no sólo a innumerables tragedias personales, colapsos mentales y conflictos morales, sino también a la disolución de las iglesias. Como muchas de las grandes tragedias en la historia de la humanidad, esto está acompañado de una extraña euforia concomitante a algunas enfermedades letales. Lo que hoy día puede ser la ruina de la iglesia es visto como una maravillosa renovación, un resurgimiento inaudito de la iglesia y de su misión hasta los confines del mundo.

En esta crisis de la iglesia y del ministerio de nuestros tiempos, nos preguntamos qué podemos y debemos aprender de la iglesia que superó la gran crisis del siglo II, cuando, después de la muerte de los últimos apóstoles, la causa de Cristo parecía perdida en este mundo. Los cuerpos cansados y desgastados de Pedro y Pablo yacían en las tumbas desoladas de la Colina Vaticana, en las afueras del camino a Ostia. Los dos grandes apóstoles-mártires habían sido secundados por la “vasta multitud” (*ingens multitudo* - Tácito) de víctimas en la persecución de Nerón, por Ignacio y Telésforo. Pronto los grandes padres Policarpo y Justino los habrían de seguir en el camino de cruz. Pero, desde que Jesús murió con su gran *tetelesthai*, consummatum est, “está cumplido” (Jn 19:30), ninguna cruz ha sido capaz de derrotar a Cristo y a su causa en el mundo. Lo que mata a la iglesia es la pérdida de aquello que preserva a la iglesia, la palabra de Dios y los sacramentos de Cristo.

Fue esta pérdida que amenazó la existencia de la iglesia al final de la era apostólica. En esta situación, surgió a partir de la herencia de los apóstoles un nuevo ministerio de la iglesia, el ministerio de los obispos como el *ministerium docendi evangelii et porrigendi sacramenta* (“ministerio de enseñar el evangelio y entregar los sacramentos”), como la Confesión de Augsburgo define al ministerio que Cristo dio a su iglesia “para que obtengamos la fe” que nos hace justos delante de Dios (CA V; ver CA IV) y así nos salva. El mundo estaba lleno de religiones e instituciones religiosas en el tiempo del NT. Hasta la caída de Jerusalén, estaba el sacerdocio judío (en sus varios grados) conectado con el templo, que fue uno de los grandes centros religiosos en el mundo antiguo. Estaban los pontífices de la religión estatal romana, allí en Roma y en los templos oficiales dedicados a las deidades del imperio. Había muchos cultos antiguos y nuevos en todas partes del mundo, con mitos impactantes y liturgias impresionantes. Había maestros religiosos y profetas en el Oriente, famosos filósofos de la religión en las grandes universidades del imperio. Estaban los simples maestros judíos en las sinagogas del mundo en Oriente y Occidente, y el gran academicismo de los teólogos judíos en Jerusalén y Babilonia.

Entre todos estos ministerios religiosos, el ministerio cristiano era, desde lo externo, el menos impactante. No era un ministerio creativo. Su mensaje era simplemente repetir una y otra vez lo que los apóstoles de Jesucristo habían enseñado acerca de Jesús, el Cristo y Señor: su encarnación, su predicación, su pasión, su resurrección y su segunda venida en gloria. Comparado con los impresionantes ritos realizados en los templos paganos, los sacramentos de la iglesia no eran notables para nada, simples acciones –un simple lavamiento con agua, la fracción de pan, la oración de la Eucaristía, la distribución de pan y vino. No obstante, había una gran diferencia. La simple entrega del mensaje apostólico era más que un discurso humano y más que sabiduría de hombres. Cristo mismo estaba hablando la palabra de su evangelio a través de la boca de sus ministros: “Tus pecados te son perdonados”. Este lavamiento con agua no era sólo un signo, una imagen, sino realmente el lavamiento de regeneración y renovación en el Espíritu Santo que nos traía perdón de pecados y, con él, vida y salvación. Pues las manos del ministro y las palabras que él hablaba eran las manos de Cristo y las palabras de Cristo. Y el pan y el vino que recibimos del ministro, los recibimos realmente de las manos de Cristo. Este pan y vino son no solo símbolos, como las cosas que se les corresponde en las religiones de misterio, sino que son realmente el verdadero cuerpo de Cristo y la sangre que él derramó por nosotros para la remisión de pecados. Perdón de pecados, éste ha sido siempre el primer don de Cristo, en la palabra del evangelio, en el bautismo y en la cena. Si se pregunta cuál es la marca característica de la fe cristiana, aquella que la distingue de todas las religiones en el mundo, entonces debemos decir: es el perdón de pecados. El piadoso judío, e incluso el piadoso musulmán, pueden esperar el perdón de Dios. Pero perdón como verdadero don [entregado y no sólo esperado], la total seguridad de perdón, éste es el don del evangelio.

Proclamar el evangelio de perdón, declarar a los pecadores arrepentidos el perdón de sus pecados, distribuir los sacramentos con todos los dones de la gracia divina que ellos contienen, ésta y ninguna otra es la tarea propia del ministro de Cristo, así como fue el *officium proprium* (el oficio propio) de Cristo mismo. Esto lo tuvo que aprender la iglesia en la gran crisis del siglo II. Estos eran simples hombres, estos obispos y pastores del siglo II, incluso cuando entre ellos había algunos hombres con alta educación e incluso filósofos por derecho propio. Pero como ministros de Cristo, estaban satisfechos con predicar el mismo simple evangelio una y otra vez. A veces violaban todas las reglas de la retórica, todas las reglas de la psicología. Ellos no intentaban ser relevantes para el mundo en lo social o en otros aspectos. Ellos no tenían ningún plan para un mejor gobierno del imperio romano, ni tampoco intentaron llevar adelante reformas sociales. Algunos de ellos tenían grandes dotes como administradores de la iglesia. En algunos de ellos los *charisma kyberneseos* (“dones de gobierno”) estaban incluso sobredimensionados. Pero al fin de cuentas, debe decirse que estas dos generaciones mantuvieron la integridad del ministerio. El obispo en aquel entonces era lo que un ministro debe ser: un pastor para su rebaño que nutre sus ovejas con la comida sólida de “la divina palabra profética y apostólica del Antiguo y Nuevo Testamento” y con los sacramentos de Cristo.

¿Acaso la renovación de este ministerio [del siglo II] no será el gran medio de renovación y preservación del ministerio cristiano en nuestro tiempo? Su redescubrimiento en la era de la Reforma fue el gran medio para la reforma de la iglesia. Para nosotros, luteranos, valdría la pena estudiar una vez más lo que nuestras confesiones, especialmente la Confesión de Augsburgo y su Apología, pero también los Artículos de Esmalcalda, el Tratado sobre el Poder y la Primacía del Papa y el Artículo X de la Fórmula de

Concordia, enseñan acerca del *ministerium docendi evangelii et porrigendi sacramenta*. Sería bueno que los administradores, obispos, arzobispos y presidentes de las iglesias (o el título que sea) recuerden que Cristo no instituyó un oficio de administración –él libró la organización de la iglesia a la sabiduría o estupidez de las generaciones posteriores–, sino las dos grandes órdenes en que su iglesia aparece en la tierra: la congregación cristiana y el ministerio de la palabra y los sacramentos. Yerra toda constitución eclesiástica que no reconoce a alguno de éstos, que no da a la congregación lo que pertenece a la iglesia local de Cristo y a los pastores lo que les pertenece a ellos. En nuestras iglesias mamuts modernas, ambos están sufriendo –tanto la congregación cristiana como el ministerio. Incluso en América, las grandes decisiones en las iglesias luteranas son hechas por sínodos y cuerpos administrativos en los que ni la congregación cristiana ni los ministros pueden ser representados de un modo satisfactorio. Éstos terminan leyendo en los informes eclesiásticos lo que ha sido decidido después de que esos informes eclesiásticos los prepararon [a ministros y congregaciones] para aceptar aquellas decisiones. La situación en Europa es aún peor. La administración de la iglesia en Europa sigue los patrones de la administración del estado, mientras que en América las grandes organizaciones de negocios parecen ser imitadas por las iglesias sin que éstas se den cuenta. **La consecuencia es que el ministro parroquial también se vuelve más y más un administrador y organizador que corre de reunión en reunión y que no tiene tiempo para su propio llamamiento como pastor.**

Todos sabemos que una buena administración de la iglesia es necesaria, como Pablo ya lo enfatiza (Ro 12:7; 1Co 14:13; 1Ti 3 y 5). **Pero existe el peligro de que lo que debería ser medio para un fin se vuelva un fin en sí mismo.** Aquí yace una de las más profundas razones de la crisis del ministerio cristiano y de las [varias] crisis por las que todas las iglesias están atravesando hoy día. Es en vano esperar que esta crisis se solucione por medio de las grandes organizaciones de nuestro tiempo, en el plano “ecuménico” o “denominacional”. Pues éstas [organizaciones] no tienen ninguna autoridad divinamente otorgada ni promesa divina [alguna]. La promesa divina, más bien, está dada a la congregación cristiana reunida en torno a la palabra y los sacramentos. Ella tiene la promesa de que el Señor estará en medio de ellos. Y la promesa divina está dada a los pastores fieles que predicán en toda sinceridad la palabra no adulterada del evangelio, la divina palabra profética y apostólica [que se encuentra] en el Antiguo y Nuevo Testamento. A ellos se les da la gran promesa de que la palabra que sale de la boca de Dios “no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero y será prosperada en aquello para lo cual la envié” (Isa 55:11). Ésta es la solución de Dios a la crisis del ministerio.

Traducción: Roberto E. Bustamante (Abril de 2012)

Fuente: Sasse, Hermann (2002). “The Crisis of the Christian Ministry (1968)” en *The Lonely Way* (vol. 2, pp. 355-372). Saint Louis: Concordia Publishing House.